

*Caminamos,... somos peregrinos de la vida. Lo hacemos de una manera aún más elocuente cuando vivimos anualmente nuestra estación penitencial o nuestra procesión acompañando la imagen titular de nuestra hermandad, prefiguración de lo que nos acontece día a día. SOMOS PEREGRINOS que caminan hacia la CASA DEL PADRE: la Iglesia camina formando un pueblo, alimentada por el único Pan que nos sustenta, hacia la auténtica patria del cristiano: el cielo.

«La Iglesia [...] avanza junto con toda la humanidad y experimenta la misma suerte terrena del mundo, y existe como fermento y alma de la sociedad humana, que debe ser renovada en Cristo y transformada en familia de Dios» (GS n. 40)

*En nuestro caminar CRISTO RESUCITADO sale al encuentro. Él sale de la casa del Padre para encontrarse con cada hombre en el camino de la vida. Él sale para iniciar el nuevo y definitivo éxodo hacia nuestra auténtica casa.

«Jesús no conoció la reprobación como si él mismo hubiese pecado. Pero, en el amor redentor que le unía siempre al Padre, nos asumió desde el alejamiento con relación a Dios por nuestro pecado hasta el punto de poder decir en nuestro nombre en la cruz: -Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mc 15,34)» (cfr. CEC n. 603)

*Y habla con el hombre, con cada uno de nosotros. Jesús sale a nuestro encuentro para que le contemos nuestra vida, nuestras cosas, nuestros sufrimientos y nuestras alegrías. Jesús y el hombre dialogan en el camino de la existencia terrena acerca de su misión redentora y de la misión que tenemos todos nosotros, los bautizados en Cristo. En el camino de Emaús Jesús pregunta a los discípulos sobre sus inquietudes, sus ilusiones y en el fondo, sobre su vida. Él, por su parte, les revela poco a poco el sentido de sus vidas: lo que habían dicho los profetas antiguos, lo que significaba sus milagros y su predicación, y, sobre todo, el auténtico sentido de su pasión, muerte y resurrección. Así, y sin darse ellos cuenta, el corazón se les iba inflamando y abriendo para aceptar la novedad del Evangelio que el mismo Jesucristo les estaba revelando.

En la celebración de la Santa Misa, «la liturgia de la Palabra comprende «los escritos de los profetas», es decir, el Antiguo Testamento, y «las memorias de los Apóstoles», es decir, sus cartas y los Evangelios; después la homilía que exhorta a acoger esta palabra como lo que es verdaderamente, Palabra de Dios, y a ponerla en práctica...» (cfr. CEC n. 1349).

El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica repasa lo esencial de la celebración de la Eucaristía. Conviene recordar que la Misa tiene dos partes, quién es el ministro del sacramento y los elementos esenciales (leer nn. 277 a 279 del Compendio).

*Entre los múltiples actos que vivimos como miembros de una hermandad o cofradía, son muchas las veces que escuchamos la Palabra de Dios, bien en la Santa Misa, bien en otras acciones litúrgicas. En ella podemos descubrir el sentido de lo que nos sucede cada día, la dirección en la que caminar como auténticos hermanos, el significado de lo que queremos vivir como hermandad. Los hermanos cofrades debemos tener gran amor a la Palabra de Dios leyéndola con frecuencia, meditándola y llevándola a la práctica, para que así el mundo vea nuestras obras y crea.

➤ *Nos preguntamos: ¿podemos vivir como cristianos sin conocer la Palabra de Dios? ¿Qué significa la proclamación de la Palabra de Dios en la primera parte de la Santa Misa? Cuando el Evangelio es proclamado en la Misa por el sacerdote o el diácono, todos permanecemos de pie como señal de atención y apertura del corazón ¿los hermanos cofrades tenemos de verdad esa apertura del corazón para acoger la Palabra de Dios que en ese momento es proclamada, aquí y ahora, para cada uno de nosotros?*

*Llegados a nuestros hogares, Jesús parece seguir el camino, sin embargo él desea ser invitado a pasar al interior de nuestra casa. Los amigos que se conocen profundamente comparten sus mejores momentos sentados a la mesa, donde encontramos caliente el pan y envejecido el vino. El Señor pasa al interior de nuestra posada y él mismo prepara la mesa con nuestro pan y nuestro vino.

En la Santa Misa, «la presentación de las ofrendas (el ofertorio)... se llevan al altar, a veces en procesión, el pan y el vino que serán ofrecidos por el sacerdote en nombre de Cristo en el sacrificio eucarístico en el que se convertirán en su Cuerpo y en su Sangre.» (cfr. CEC n. 1350).

*En la vida de hermandad somos conscientes de los muchos dones que recibimos de Dios. Nuestros trabajos, nuestros esfuerzos y nuestro interés por el resto de los hermanos y por la veneración a nuestros santos titulares, las obras de caridad que hacemos como uno de nuestros primeros fines, etc. son granos de trigo que, amasados por el pasar de los días, ofrecemos en la patena de la Santa Misa para que sea transformado en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Como el joven que sólo tenía cinco panes cuando Jesús los pidió a orillas del Lago de Tiberiades para dar de comer a una multitud, también nosotros venimos a la Eucaristía con unos pocos panes para que, todos juntos, alimentemos al Pueblo de Dios.



➤ *Nos preguntamos: ¿soy consciente de los dones que el Señor me ha entregado en mi vida: mi fe, mi familia, mi hermandad,...? ¿caigo en la cuenta del inmenso regalo y la fascinante aventura que es compartir mi fe con mis hermanos cofrades, extendiendo así el Evangelio y proclamando el Reino de Dios en el mundo? No te presentarás al Señor con las manos vacías ¿qué le llevo yo al altar cuando asisto a la Santa Misa?*



*Jesús, el Señor, bendice el pan y nos lo reparte: «tomad... esto es mi cuerpo», «bebed... esta es mi sangre». Así se nos abre los ojos y se revela lo que estaba oculto a nuestros ojos: el Señor Jesús camina en medio de nosotros; él está vivo y resucitado en medio de su Iglesia y nuestros corazones arden de alegría y gozo por que él permanece siempre con nosotros.

«Yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que fue entregado, tomó pan y después de dar gracias lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía» (1 Co 11,23-26).

«El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6,54)

El *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* nos enseña la presencia del Cristo en el Eucaristía y la Comunión (leer nn. 282 a 286).

*Al descubrir el valor de la Eucaristía, los hermanos cofrades se sienten impulsados a anunciar esta buena noticia a sus hermanos como entonces lo hicieron los discípulos de Emaús. La asistencia y participación activa en la Santa Misa debe ser la fuente de toda la vida de la hermandad. No se puede entender que los miembros de una cofradía no asistan a la celebración de la Santa Misa; es una incoherencia que debe llevar a los responsables a preguntarse sobre lo que es esencial y fundamental en la hermandad, haciendo prioridades y poniendo siempre en el centro y en la cúspide de las actividades anuales la asistencia frecuente a la celebración de la Eucaristía.

➤ *Nos preguntamos: ¿qué valor tiene la Eucaristía para mí y para la hermandad? ¿Puedo vivir como cristiano y como hermano cofrade sin participar en la Santa Misa? ¿Por qué es necesario acudir a Misa todos los domingos y fiestas? ¿Por qué se comulga? ¿Para qué se reserva la Eucaristía en el Sagrario?*

*Aquellos discípulos volvieron a prisa y llenos de alegría a Jerusalén donde se encontraban los demás discípulos. Todos juntos compartieron la alegría de haberse encontrado con el Señor resucitado. Esa alegría nos ha atravesado el tiempo y el espacio hasta llegar a nosotros, los discípulos de Jesús en el siglo XXI. La alegría de la Pascua la celebramos todos juntos formando un pueblo: la Iglesia de Jesucristo. Una alegría desbordante, primaveral, fresca y contagiosa, que nos devuelve la esperanza y la razón para vivir y entregar la vida por los demás.

«La Eucaristía es igualmente el sacrificio de la Iglesia. La Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, participa en la ofrenda de su Cabeza. Con él, ella se ofrece totalmente. Se une a su intercesión ante el Padre por todos los hombres» (CEC n. 1368)

El *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* nos dice que la Eucaristía nos da la vida de Cristo resucitado, que será plena en el Cielo. Por eso, se dice que es como una garantía o prenda de la vida eterna (leer nn. 292 y 294).

➤ *Nos preguntamos: ¿por qué la celebración de la Eucaristía construye la Iglesia y construye también nuestra hermandad? ¿procuro poner todos los medios para asistir y participar en la Santa Misa cuando soy convocado por mi hermandad? ¿colaboro con la comunidad eclesial parroquial o local para que crezca cada día más y sea un signo vivo del Señor resucitado?*

***Para orar:**

«¡Oh sagrado banquete, en el que Cristo mismo es nuestra comida, se celebra el memorial de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura! (Santo Tomás de Aquino, *O Sacrum convivium*)

La Eucaristía, pan para el camino

«Le reconocieron al partir el pan»

Las hermandades y cofradías son por definición asociaciones públicas de fieles que tienen como fin principal *el culto* a Jesucristo Nuestro Señor y a la Santísima Virgen María, invocados en multitud de advocaciones populares que les han distinguido a lo largo de los años y de los siglos.

La Constitución dogmática *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II nos ha dicho que la Eucaristía es «fuente y culmen de toda la vida cristiana» (n. 11; CEC n. 1324), y el Magisterio de la Iglesia nos dice que la Eucaristía «significa y realiza la comunión de vida con Dios y la unidad del Pueblo de Dios por las que la Iglesia es ella misma. En ella se encuentra a la vez la cumbre de la acción por la que, en Cristo, Dios santifica al mundo, y el culto que en el Espíritu Santo los hombres dan a Cristo y por él al Padre» (SCCD, Instr. *Ecucharisticum mysterium*, n. 6; CEC n. 1325).

Por ello, todo culto que se realiza en la Iglesia debe tener como fuente y fin la Eucaristía que el Pueblo de Dios celebra el domingo, el Día del Señor. En consecuencia, las hermandades y cofradías, que tienen como fin principal y primordial el culto, deben ser conscientes de que el culto a sus sagrados titulares tiene su fuente y fin último la adoración al Señor presente, vivo y resucitado, en el Sacramento de la Eucaristía.

Pero ¿cómo vivir esta realidad en nuestra hermandad? ¿Cómo invitar a los hermanos cofrades a vivir la Santa Misa con gran deseo de encontrarse con el Señor de manera que descubran los tesoros que esconde este gran misterio de la fe? El encuentro personal con Cristo Resucitado, que se hace el encontradizo en el camino de la vida, nos sienta a su mesa (banquete pascual), parte el pan y nos devuelve la alegría de la vida resucitada, es la experiencia viva que tenemos que pedir al Espíritu Santo para que descubramos la realidad y la riqueza de la Eucaristía, centro principal de la vida del cristiano, el tesoro más precioso, el misterio de amor.



Vivamos esta experiencia caminando hacia Emaús para descubrir a Jesús resucitado que camina con nosotros.

Texto evangélico

Lucas 24,13-35

Los discípulos de Emaús